

La Mano en la MADERA

Esta retrospectiva nos permite evocar una exposición que marcó un antes y un después en nuestro escenario escultórico durante el 2009.

Me atrevo a destacar a una mujer, chilena, joven, escultora, inmersa en la madera, una poeta de mano y astilla, con una pasión plástica exuberante, que se inventa un lenguaje nuevo sin temor, reuniendo la madera encontrada con aquella otra que ha cedido al trabajo amoroso y delicado de unas manos empecinadas en la belleza más profunda de la materia.

POR CECILIA MCKAY



Voz del Génesis



Vasija

La primera sensación al entrar en el generoso espacio de la galería, es sentirse invitado a dar un paseo, a merodear, oler, tocar, oír el silencio y mirar con atención, a saber del ciruelillo y del ciprés de las Guaitecas. Luego, el trabajo realizado por la autora va compartiendo con quien mira una suerte de reverencia ante la nobleza encarnada en la madera.

"Hacer escultura es hacer poesía", como dice Pilar. El poeta, adueñándose de palabras, significados y conceptos, crea, se inventa un significante, idea una lírica, fantasea con la fundación nueva desde la palabra supuestamente conocida y definida. Pues bien, aquí la poiesis es de madera, ya sea vivida por la propia naturaleza o complementada y devenida desde las manos hacedoras de una escritora sin palabras.

Si bien cada una de las obras se resuelve desde un proceso intelectual, desde el desarrollo de un eje central "en torno a la profundidad del ser", tal como plantea esta creadora, se trata del aprendizaje a partir de una visión (que es su gran y recurrente inspiración), del reconocimiento de lo primigenio en lo cotidiano, un arte inmerso en la vida diaria, que siendo ordinaria se vuelve necesariamente extraordinaria.

Uno de los grandes temas que asoma gira en torno a la fertilidad ("Tierra Fértil"), la generación, la fecundidad, donde es la maternidad un misterio a agradecer y ante el cual la sorpresa no declina. Mujer, como madera, conciben, dan a luz. "Los Trazos del Origen" son los hijos; la matriz se trasladada del útero a las manos. Pilar se atreve a dejar la horma originaria -tal como

Dos corazones



Rosa de Palo

Trashumante

propriadamente registra en el video "Flow's flow" - para apoderarse manualmente de la creación.

Del mismo modo, las vasijas ("Vasija, Vasija Crisol"), cual capullos, cobijan y resguardan; si quien contempla pudiera apropiarse de una de estas suaves y redondas formas, no hay duda de que sería en búsqueda de protección y de calor, uno quisiera acapullarse, escondarse.

Pilar insiste en asombrarse (y asombrarnos), en que nuestra fascinación sea permanentemente una primera vez, una primera mirada; y la maestría con que nos seduce la materia nos encanta, asistimos desde el inicio a un espectáculo envolvente, amable, fluido, sobrecogedor ("Voz del Génesis", "Rosa de Palo").

FEROZ DESDE LA GRACIA

Dulcemente feroz desde la fuerza femenina, delicada, menuda y, sin embargo, rotunda y desmedida.

Lo que es absolutamente fascinante es el juego entre la madera encontrada y la madera sumada, entre la naturaleza de lo hallado y la de lo pulcramente acariciado por el oficio, lo que va determinando que obras como "Umbral", "Trashumante", "Destorsión", "Dos Corazones", vayan emergiendo de la mano de la escultora como piezas sorprendentes, desafiantes del quehacer

artístico en sí mismo. Ovalle va más allá, bastante más allá, porque al rescatar y recoger ciertos trozos, éstos vienen a convertirse en trazos de una labor de continuidad natural. Entonces, la creación escultórica es parte de un proceso secuencial que

insiste en sostenerse de manera innata y en no descolgarse en lo artificial o premeditado; la naturaleza continúa su proceso de reproducción vital, ahora en otras manos.

La madera encontrada, podríamos decir "resuelta", entra en juego, nunca en conflicto, con la madera trabajada, afanada en la torsión y destorsión, en la juntura, el ensamblaje: es la fundación de un diálogo nuevo desde la escultura conocida. La juntura, que es mixtura, es asumida aquí en la continuidad respetuosa de una y de otra, de la hallada y de la creada. Nace entonces una tercera realidad en el seno manual de Pilar Ovalle.

La poesía escultórica por la que pasamos nos sostiene en una levedad de madera, donde el suplemento del material es lo etéreo, el no-peso. El espacio, el aire de los vacíos, es parte de la obra; el lleno y el hueco te mantienen sostenidamente en vilo, no descendes ni decaes. Al mismo tiempo, la aparición lúdica de la destreza permite

a la escultora el despliegue del juego en la escultura: las cabezas se destapan, los interiores salen, hay giros y desdobles, éstas dejan de ser estáticas para descabezarse y actuar aún más allá de la elasticidad del material que las alberga.

Y el femenino, el eterno femenino.

¿Por qué me detengo en ello? Porque, por un lado, se trata de una mujer tras lo aquí contemplado y, por otro, si bien hay una mano femenina, esta femineidad se traduce con fuerza y rasgo propio. La mano de Pilar es inconfundible, en cada cuerpo creado queda una huella determinante, como si cada una de estas figuras y des-figuras tuviesen un ADN propio y distintivo.

Quizás, lo femenino se traduce también en una obsesión minuciosa, meticulosa y paciente en extremo; cuando Pilar acaricia lo que hace, es como si lo hiciera con alguno de sus hijos carnales. La mano cede a un roce tierno sin temor; el hijo de la matriz uterina sigue extrapolando su existencia más allá, en una fundante de pulso, de tacto, de huella dactilar. ■

Detalle de Umbral

